

# REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Volumen XIX

Bogotá, diciembre de 1950

Número 6

---

Director, Profesor,

ALFREDO LUQUE B, Decano de la Facultad.

Jefe de Redacción, Doctor Rafael Carrizosa Argáez.

*Comité de Redacción:*

Prof. Alfonso Esguerra Gómez. Prof. Manuel José Luque. Prof Agr.  
Gustavo Guerrero I.

Administrador, José R. Durán Porto

Dirección: Calle 10 N° 13-99 — Bogotá — Apartado Nacional N° 400  
Talleres Editoriales de la Universidad Nacional.

---

## Profesor Juan N. Corpas

Discurso pronunciado por el Profesor César Augusto Pantoja en la Academia Nacional de Medicina el 7 de septiembre de 1950.

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina, señores académicos, señores, señoras:

Por una sucesión de hechos ajenos a la voluntad humana, coinciden en un mismo acto, la colocación en esta aula del retrato que rememora la brillante trayectoria académica del Profesor Juan N. Corpas y la ocupación, por quien habla, del mismo sillón que desde su sensible fallecimiento dejara vacío este insigne hombre de ciencia, que con tanto acierto ocupara primero la Presidencia y luego la Secretaría Permanente de esta augusta corporación.

Al darme cuenta de que con muy escasos méritos, me toca suceder a una figura procerca en los anales nacionales, me parece que una fuerza superior a mis propias ambiciones, trata de estrechar aún

más, los lazos espirituales que por más de dos lustros vincularon mi carrera profesional y mi afecto al Profesor Corpas.

Y cuando viene a mi memoria el recuerdo de cordiales relaciones entre alumno y maestro, en un ayer aun no distante, comprendo que en esta solemne ocasión los azares de la vida han querido ofrecerme, al mismo tiempo que el honor por la posesión de un título, una amargura por el recuerdo de la ilustre personalidad desaparecida.

Por todas estas circunstancias pesa sobre mis hombros carga ponderosa y al estimar en sus justos límites mi insuficiencia y pocas letras, se me hace más llevadera la tarea cuando pienso que el antiguo académico pertenecía a esta clase selecta y poco numerosa de hombres, que durante la vida poseen el sereno renombre de los grandes y, desaparecidos ya, continúan aclarando cual faros luminosos la senda de sus sucesores.

Es verdad que miradas a través de la serenidad del tiempo, las sombras egregias se agigantan, pero al ver como espléndidamente se congrega, para rendir homenaje póstumo a dos esclarecidas figuras de la Medicina Colombiana audiencia tan notable, precisa buscar en ello motivos de mayor prestancia que los inspirados por una ordinaria ceremonia de simples proyecciones gremiales.

A la fascinante personalidad del Profesor Miguel Rueda Acosta rendirá en breve homenaje sincero el más célebre de sus continuadores, doctor José del Carmen Acosta.

En lo que a mi cometido se refiere basta hacer eco al glosario sencillo de nuestra pequeña Historia que refiere el hallazgo de profundas similitudes, entre la vida y la obra del Profesor Corpas y lo que la Medicina representa en la sociedad, como teoría y como práctica, como ciencia y como arte y como la más humanitaria y noble de todas las profesiones.

La grandeza de una vida puede reflejarse en sentimientos, manifestarse en palabras o traducirse en hechos. Pero no cabe concebir que los haya más nobles, ni mejores, ni más grandes que los que persigue la Medicina, cuando logra sanar cuerpos para rehabilitar vidas que retornan ya restauradas, como ingresos nuevos al capital humano de las sociedades; cuando busca redimir a la mente de los tormentos de la amencia o cuando por medio de la aplicación de sabias fórmulas de la Higiene Pública, levanta barreras insalvables a la acción intrépida de los ambientes letales.

Por la identidad de propósitos que se ven aparecer para realizarlos en la práctica, entre los atributos y funciones de una Ciencia



Profesor JUAN N. CORPAS

que aparenta tanta abstracción en la teoría, como bienhechora realidad aplicativa y el positivismo de unas acciones, puede ofrecerse el ejemplo de la vida del antiguo académico como breviario de la que debe llevar el médico en todas las latitudes donde la civilización cristiana ha hecho espigar trigales de filantropías.

Intentemos desarrollar aunque sea a grandes e incompletos rasgos las sutilezas de la ideación:

La Medicina personificada por el médico, como el cuerpo informa al espíritu, está modernamente constituida por un conjunto de

funciones o atributos, armónicamente dispuestos en bien del género humano.

Es su primera manifestación la creación de los procedimientos tendientes al solícito cuidado del enfermo, o sea lo que se designa con el nombre de función asistencial.

Como alimento indispensable de esta misma asistencia es forzoso sostener un sistema educativo alto que suministre información y práctica a los servidores y que prepare nuevos elementos para el relevo de las bajas.

Finalmente por medio de la Higiene Pública consigue la Medicina reducir las cifras de la morbilidad a proporciones compatibles con las exigencias del bienestar común.

Es indudable que en sus grandes anhelos de engrandecimiento patrio el Profesor Corpas legó a la posteridad los primeros ensayos de esta concepción, tanto por la orientación que intentó imprimirle a los estudios médicos, como por el ejemplo de las mismas empresas de su carrera profesional.

Pero la misma razón de ser de este mecanismo con el cual opera la Medicina y trabaja el Médico, exige que los invaluable beneficios de él emanados, no se conviertan en el privilegio de una raza, ni de una Nación, ni mucho menos de una clase, sino que se popularice su distribución.

Para realizar este propósito bienhechor se presentan hoy a nuestro país dos sistemas, en pro de cada uno de los cuales se aducen poderosas razones: nos ilustra el uno el tipo humano del maestro cuya memoria hoy recordamos; el otro sistema es una nueva fórmula de Estado Moderno. El estilo del primero consiste en la aplicación del sentimiento filantrópico del cristianismo, que hace de la profesión médica un apostolado inspirado en determinados principios éticos y morales; el segundo es producto de atrayente sistema revolucionario que va a afectar sustancialmente todos los aspectos de la vida moderna; es claramente hablando: la socialización de la Medicina.

No es sensato ni aun conveniente prejuizar o situarse caprichosamente de un lado de la barricada, cuando las trompetas anuncian la fundición de ideologías nuevas en el fuego de los combates que se ven llegar, cualesquiera que sean las sorpresas que nos reserve el porvenir, no es fácil olvidar los ideales que hoy revivimos con el recuerdo de sombras ilustres.

Si nuestro medio está maduro ya para hacerlo entrar en la avanzada de las socializaciones en grande escala, es obvio que para no descompensar el mismo mecanismo tradicional de la Medicina, se

presente un plan comprensivo e integral de todas sus funciones, sin descuidar una sola, se emprenda una acción correspondiente en los otros sectores de la actividad social y no se comience por modificar las relaciones de más estrecha vinculación afectiva, que por una especial escogencia tienen alguna tradición entre nosotros.

La adopción de un derrotero desusado sin la seria reflexión y el juicio equilibrado conduce a hacer el cambio de la experiencia por el snobismo, al trueque de la inteligencia por el sectarismo y la sustitución de la razón por el escamoteo de la especulación financiera. Lo cierto es que se destruyen sectas y nacen nuevas. Aunque estamos considerablemente alejados de la edad de piedra, emocionalmente continuamos viviendo en ella y aun surgen todavía metodistas que pretenden hacer prosperar creencias y conjeturas supracientíficas.

Ha sido principal labor de esta Academia en sus austeros anales, enfrentarse resueltamente a estas fuerzas de choque que tratan de obscurecer las conquistas del espíritu, apelando a la falacia del amuleto legado por la obscura magia del medioevo.

También conviene comprender que es compleja la disciplina académica; las caricias del dogmatismo pueden hacerla aparecer como foco de reacción anti ecléctica con menoscabo de los intereses que cuida con celo de canchero; por esto es indispensable despojarla de esa deformación vetusta, transfundirle sangre vital de renovaciones y mantenerle aceitados los resortes de la sana disertación y el jocundo discurrir, para que se encauce noblemente por rutas clásicas las corrientes de la producción intelectual.

Ah, señores, cuán admirablemente se encuentran modelados en la brillante carrera del Profesor Corpas, los anteriores conceptos que bien pueden ser extraídos de su ideología y cómo aparecen en ella los rasgos dominantes y funcionales de la Medicina. Se puede afirmar que el símbolo se confunde admirablemente con el ente abstracto que representa.

Para entender claramente la similitud basta recordar que este hombre de selecta estirpe repartió los dones de su espíritu apacible, unas veces empleándolo desinteresadamente en la asistencia de las clases desvalidas, para quienes hizo siempre especial reserva en su actividad profesional, otras emprendiendo el estudio y la práctica de los mejores métodos educacionales destinados al mejoramiento de la juventud médica, en el claustro y en el Hospital.

Compartió las responsabilidades directivas del Gobierno en los ingratos menesteres de la Instrucción y de la Higiene Pública; estimuló la publicidad Médica Nacional y no desdeñó aportar su cola-

boración al esclarecimiento de problemas sociales de la época, al mismo tiempo que intervenía brillantemente para orientar los debates de esta Academia.

Las multiformidades de su actuación estuvieron siempre enmarcadas dentro del sentido generosamente apostólico, que desde su juventud le trazó al ejercicio de su amada profesión.

No parece que sea necesario, ni mucho menos conveniente, despojar al médico de estos preciosos atributos inherentes a la Medicina misma; es ilusorio creer que para reducirlo a un nivel social de nuevo cuño, se le resta la majestad y se le amengüe la influencia que a través de todas las edades le ha concedido la sociedad en que vive y trabaja.

En estos momentos es altamente peligroso intentar, con erróneo empeño, destruir los vínculos que aun aglutinan las voluntades de la clase médica, porque nuestros estudios vienen sufriendo avasallador atropello, en virtud de que nuestra capacidad económica no puede soportar el ritmo acelerado con que se mueve la Medicina en otras latitudes financieramente más afortunadas.

Basta solamente asomarse al teatro de los acontecimientos mundiales para comprender que estamos abocados a sufrir grandes descalabros tanto en el campo del moderno dispensamiento de atención a los enfermos, como en el no menos importante que hace relación con la instrucción y educación que debemos dar a nuestra juventud para prepararla a sostener una palideciente tradición de buen servicio y de supremacía intelectual.

El Profesor Corpas afirmaba que la Medicina no es una rama aislada del intelecto sino que forma parte de la cultura general de un pueblo; es la expresión del libre juego de los factores integrantes de una nacionalidad en un momento dado; es reflejo de la misma fortuna próspera o adversa; depende de nuestra capacidad para sostener la educación universitaria y para hacerla progresar y también, de la comprensión de la sociedad en que vivimos para que ésta ecepte las conclusiones de nuestro estudio, para que coopere con las reglas positivas de él emanadas, para que estimule el trabajo médico. Si no podemos hacer la oportuna conjunción de estos factores y especialmente si no disponemos de la generosa cooperación de las fuerzas sociales más influyentes, no podremos salir de la aflictiva situación de seria dificultad en que nos vienen colocando los formidables avances del progreso universal en el presente.

Desconocer la realidad por eludir la pesadumbre, o tratar de ocultarla con una vana obstinación, es cerrarle el paso con porfía a la solución del problema y retardar indefinidamente el necesario des-

partar de las fuerzas volitivas de la conciencia colectiva, para lograr un mayor esfuerzo económico y desarraigar los malos hábitos de trabajo, que pueden llegar a inveterarse de manera permanente.

Pero si el Profesor Corpas en las remembranzas universitarias y académicas es un prototipo simbólico de magnas creaciones en la Medicina, no es menos digna de encomio su labor cumplida en la esfera meramente técnica de la orientación profesional, desde donde se ejerce influencia con fines de utilidad y sana socialización, sobre las relaciones entre las aptitudes, las habilidades, la preparación y la práctica, para lograr el mejor rendimiento posible en el trabajo.

La organización de estas cualidades y su distribución congruente, en forma tal que vengan a confiarse determinados actos y responsabilidades, a quienes con el ejercicio ya poseen la facultad de ejecutarlos y de asumirlas, es lo que se designa con el nombre de trabajo en equipo.

Fué éste especial motivo de sus preocupaciones y de sus experimentos. Lo veremos practicar semejantes proyectos en él mismo, si por un instante nos detenemos a observar su propia trayectoria científica y universitaria.

Dedica los mejores años de su formación al cultivo de las diferentes disciplinas que se han expuesto como manifestaciones extrínsecas de la Medicina.

Luego se impone forzoso recorrido como Interno y Jefe de Clínica en distintos servicios en el Hospital donde recibe diversa y hasta opuesta instrucción: Organos de los Sentidos, Medicina Interna, Ginecología, Laboratorio Clínico, Cirugía General y muchos más.

Termina por adquirir una especie de universalismo científico muy acorde con los requerimientos de la época en que le tocó actuar y acorde aún, con lo que puede ofrecerse en, los medios de incipientes recursos.

Llegó a acumular una cultura muy valiosa y representativa que se ponía de manifiesto cuando asumía el papel de médico consultor que le asignaba la agradecida pléyade de sus alumnos y seguidores en cuyo desempeño, salían a relucir las cualidades y caracteres de su tipo humano en forma magnífica y completa.

Tal parece al asistir al desarrollo armónico de una carrera como esta, que en ella se cumplieron rigurosamente las fases mismas que según se desprende de la historia del pensamiento médico, han seguido en su evolución los principios filosóficos que inspiran y modelan la estructura íntima de nuestra profesión.

Que nos baste con analizar someramente tal ocurrencia en el curso de la segregación de las especialidades que hoy se encuentran consagradas por la clasificación universitaria. Veamos:

La Medicina y la Cirugía son las dos ramas principales del arte de curar, ellas anduvieron juntas e inseparables en la más remota antigüedad.

Poco antes de la Edad Media, por ser extremadamente difícil el dominio de ambos sistemas de especulación, de estudio y de trabajo, se produjo la primera separación en dos sistemas a los que el tiempo se encargó de dar caracteres antagónicos y contrapuestos, se produjeron así las primeras especialidades.

Entonces el médico practicaba la Medicina Interna. La influencia del sistema filosófico de Platón, lo inclinaba a adoptar una actuación más que todo intelectual ante la enfermedad; se producía la paradoja de que al tratar de investigar fenómenos positivos, sus principios lo obligaban a rehusar ver lo que tenía ante sus propios ojos porque su formación lo inclinaba a preferir con más amor, la estéril filosofía especulativa de Galeno que la grandiosa obra experimental del mismo autor.

El Cirujano en cambio oficiaba como un modesto cuando no brutal artesano que empleaba métodos violentos para combatir los procesos patológicos. Los principios de la Medicina Arabe puestos en vigencia por Avicena, lo relegaban a la más modesta condición que él aceptaba humildemente. Su arte era inferior al del internista.

Las grandes revoluciones inducidas por Pasteur, Lister y Morton, así como la contribución prestada por la ambiciosa cohorte de cirujanos que se aprovecharon de ellas para conducir la Técnica Quirúrgica a las increíbles alturas que ha escalado en el presente, no sólo ennoblecieron el arte operatorio sino que fueron grande parte para que en los tiempos modernos se multiplicaran las especialidades, poniendo en peligro el cuidado de los conocimientos generales que todo médico debe cultivar.

El péndulo de la medicina que ha venido oscilando entre el universalismo y la monotecnia, apuntaba insistentemente hacia este último extremo, en forma tan excluyente que se podía preveer la ruina de las conquistas clínicas del pasado.

La última parte de este fenómeno se operó cuando se trasladaba la sede de la Ciencia Médica a los Estados Unidos de Norteamérica, pero desde hace ya mucho tiempo venimos observando cómo en este mismo país de tan dilatada influencia científica, se exige la comple-



mentación de ambas disciplinas en un mismo individuo y una especial y cuidadosa preparación médica en los cirujanos.

La carrera profesoral del doctor Corpas nos está señalando este camino en forma conveniente. Es peligroso que el cirujano se convierta, simplemente, en brillante operador con la práctica exclusiva del arte manual, porque entonces será un cirujano incompleto cuando no una amenaza para la sociedad en que vive.

El traslado del Profesor Corpas de la Clínica General a la enseñanza de la Clínica Quirúrgica, por solicitud del mismo, constituye un acto que traza el camino que, educacionalmente, debe seguir la juventud médica y explica por qué su cátedra se convirtió en un vivero de cirujanos clínicos que por todos los ámbitos del país han implantado el reinado de la Cirugía Clásica.

En el presente el cirujano no es ya el barbero de la antigüedad, ni el simple artesano desprovisto de anhelos intelectuales, sino que por fuerza de las exigencias de la época tiene que ser un internista tan bueno como el que más.

Por los delicados sistemas que utiliza, por los métodos cruentos que emplea, por la nobleza de la causa por la cual trabaja, y, por el respeto de la misma vida humana cuyo destino reposa en sus manos, el cirujano debe ser un profundo conocedor de la estructura y de la fisiología del cuerpo humano sobre el cual operan sus procedimientos manuales e instrumentales.

El buen éxito de la práctica de las maniobras quirúrgicas depende más que todo de la capacidad del cirujano para entender la naturaleza de los mismos procesos que trata de corregir, de sus conocimientos en Anatomía Patológica, en suma, de lo buen médico que sea capaz de ser.

La práctica del arte quirúrgico es esencialmente humana. El permanente contacto con la realidad conduce al espíritu, por senderos positivos a la adquisición de una disciplina del más alto valor experimental. Por esta razón vemos cómo el antiguo profesor de Cirugía milita en las filas del eclecticismo, proclama el respeto por la opinión ajena, defiende la ecuanimidad en el proceder y en el juzgar, al mismo tiempo que cultiva la ciencia pura emanada de la razón y de la experiencia.

Si se me permitiese buscarle al Profesor Corpas la filiación doctrinaria en las fuentes del pasado magnífico de la Medicina, yo lo colocaría con más agrado entre los seguidores de Hipócrates que al lado de los que se congregan en torno de las ideas de Galeno.

Es osado pretender disminuir la magnitud de la contribución del

último al destino de la Medicina, pero por sus insostenibles disgresiones teóricas Galeno no sobrevive como émulo de Hipócrates, a que le daba justo título su invaluable obra experimental.

Sobre las puras observaciones Hipócrates logra intercalar el sistema mitológico más elaborado que se haya conocido con tan deplorable influencia deformante sobre las generaciones que lo suceden, que resucitan con nuevo vigor, las antiguas sectas, que obscurecen las conquistas que el helenismo había ganado desde que Hipócrates aportó a los mitos de las rutas del conocimiento y de la ciencia.

Se adivina que el producto de esta pausa de los métodos racionales y experimentales no va a hacerse esperar. La regresión domina durante un largo período. La Magia reemplaza a la Medicina durante el oscurantismo medioeval.

Si para buscar razones que atestigüen este ensayo de la afiliación ideológica, hacemos un breve parangón entre los dos fundadores de la Medicina, vemos, cómo mientras Hipócrates abordaba los problemas con la mente abierta al eclecticismo y a la razón, Galeno trataba por el contrario, amoldar sus observaciones a ideas preconcebidas; Hipócrates reconocía sus errores; Galeno actuaba como un oráculo; el primero encontraba límite en la esfera de sus investigaciones, el segundo pretendía dejar resueltos todos los problemas; sobre el uno se reflejaban las orientaciones físicas de Tales de Mileto, sobre el otro gravitaba la Metafísica de Platón.

A los ojos de sus admiradores y continuadores se nos presenta el Profesor Corpas, a la luz de las reminiscencias heroicas de la cultura griega, como un heraldo del sistema racional conque el Padre de la Medicina señalara en aquella edad de oro, el camino de la renovación y del progreso.

A la par que sabio fué el Profesor Corpas, sencillo, desinteresado, y bueno; por esto disfrutó de una vida rebotante de trabajo y de ventura, llena de amigos, adornada con la gloria de un hogar modelo, y rica con el esplendor de las más profundas satisfacciones espirituales, dones que como bendiciones del cielo se prolongan hasta el prematuro crepúsculo de su vida.

A ninguno como a él pueden aplicarse mejor las palabras que a la muerte de Osler pronunciara Klebs, uno de los más notables alumnos del fundador del Hospital de Johns Hopkins cuando dijera: "Lo conocí rodeado como a uno de los grandes maestros franceses de sus discípulos, sacándoles de sus dificultades, combinando la bonachonería y el buen humor en sus palabras, alentando, estimulando e inspirando, jamás dogmático, pero siempre exacto y agradable".

Discurso pronunciado en nombre de la Academia Nacional de Medicina, por el Profesor Manuel José Luque el día 7 de septiembre de 1950, para recibir en ella al Profesor César Augusto Pantoja.

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Señores Académicos.

Señor Profesor César Augusto Pantoja.

Señoras y Señores.

Acabais de oír el elogio al Profesor Juan N. Corpas. Frases conmovidas acabadas de escuchar. Nacidas de la gratitud, del recuerdo imperecedero, del cariño sin límites. Que aúnan la satisfacción de añorar reviviendo y de vivir recordando....

Pero placer más alto y más sentido, me ha proporcionado la Academia Nacional de Medicina al dar la bienvenida, cariñosa y fraterna, al Profesor César Augusto Pantoja en nombre de esta Institución y aprovechar la hora para referirme, así sea brevemente, al Profesor Corpas.

No ha mucho tiempo, en ocasión también solemne y en este mismo sitio decía estas palabras: tan honrosa como abrumadora, tan desinteresada como generosa, la distinción con que esta docta Corporación nos recibe en su seno, es el legado del prestigio, del saber y el valer de todos aquellos Académicos que en el transcurso de los tiempos ocuparon los lugares que hoy en suerte nos toca suceder.

Porque la Academia Nacional de Medicina encarna tradición, experiencia y selección. Tenaz y vigilante por años tras de años, ha seguido los pasos de la cultura médica. De su seno ha salido el aplauso irrestricto a la consagración y al desvelo; fué élla, o fué por élla que se crearon premios tonificantes del espíritu, sembradores de ardor por el trabajo, estímulo y afecto por el libro.

En el mundo científico y en nuestro medio, quizá no andemos equivocados con el símil, ha sido entre nosotros la Clemencia Isaura que creara en Tolosa los juegos florales.

Sólo que en éstos se hacían himnos a Dios, al alma y al amor en la lengua de Oc. Nuestros cantos, tal vez un tanto rudos parecen bien distintos. Son la verdad escueta, esquivan la metáfora, miran la realidad con toda su crudeza y encuentran su objetivo en la materia misma, inmensamente bella en la complejidad de sus misterios.

Pero todo es hermano. El amor, el alma, la línea, la materia forman conjunto armónico en la obra impecable de la Eternidad.

Lo material y lo inmaterial salieron de la mano del Creador y en un mañana, quién sabe si próximo o lejano, entre las oquedades de los siglos, a la hora de apagarse el titilar de las estrellas y extinguirse los astros, cuando lleguemos a "donde no sabemos y apenas sospechamos", según la estrofa de Rubén Darío, entonces pienso, volverán a ser uno el espíritu de Clemencia Isaura y la materia de la Academia Nacional de Medicina.

Entonces, lo repito, estarán unidos en apretado lazo indivisible y en conjunción perpetua, los mismos cuerpos y las mismas almas que tuvimos. "En aquel tiempo . . . sí que seremos los mantenedores de la Gaya Ciencia" y de la Gaya Eterna!

Pero la Academia vibra por mucho más. Es ambiente fraterno, hogar acogedor, meta de las aspiraciones, centro del estímulo, ejemplo, fé y constancia.

Y es también algo más espiritual y hermoso. En la postrer jornada, cuando uno de sus miembros desciende el último peldaño de la vida, tornada en madre de las consolaciones, cariñosa y gentil, vuela a perpetuar el nombre que pretende esfumarse por la acción corrosiva del olvido. Ahí tenéis el retrato del Profesor Corpas en la línea de los que se fueron, y en el sitio de los "inmortales" que diría Clemencia Isaura.

He dicho que quiero regalarme con el recuerdo de mi Maestro y amigo de todas horas.

Eran los "años de mi edad feliz". . . . "la posesión del pequeño mundo de nuestros afectos nos hacía gozar esa ilusión fabulosa de los niños, que en las historias poéticas retienen contra el corazón el cuerpo palpitante de un lucero" que escribía Zárate Moreno. Y era igualmente la primera vez que entraba a la clase de aritmética en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Qué grata impresión me dió el Profesor! Un joven de mediana estatura, sencillo y atrayente se presentó a mi vista. Rostro ovalado, ojos oscuros y expresivos, amplia la frente, cabellera oscura pulcramente ondulada. Boca más bien amplia que pequeña que solía contraer en gesto original y peculiar, nariz guardando armonía con el resto de la cara, bigote poblado y también oscuro.

Vestía sencillamente decorando la seda de su corbata clara, con el tinte mate de una perla preciosa. Lo hallé frente al tablero negro. Hablaba del binomio de Newton, "con esa voz fina y sutil de vibraciones de cristal", que diría José Asunción Silva.

Más que escribía, dibujaba los números. Qué maestro incomparablemente bueno era él; qué alumno inmensamente malo era yo! Todo

lo perdonaba, nada encontraba censurable y con su consejo o con sus reflexiones, hallaba la manera de fijar la atención de sus discípulos. Desde entonces nació entre los dos esa amistad que se llevó a la tumba y cuyo recuerdo, indeleble, guardaré en el alma mientras viva.

Toda su existencia fué dedicada al trabajo; tuvo un amor apasionado por lo que tocara a las ciencias médicas y una irresistible vocación por la enseñanza de ellas. Qué más brillante oportunidad sería ésta para recordar cuánto hizo por mi instrucción y cuánto contribuyó a mi formación. Pero podría extenderme demasiado.

En alguna parte, que no recuerdo dónde, hé leído que "el maestro influye sobre sus discípulos no tanto por lo que dice como por lo que hace, no tanto por lo que hace como por lo que és" y Corpas era un doble ejemplo: una capacidad científica y un modelo de probidad profesional.

En su clínica quirúrgica se conjugaban el contacto íntimo y la colaboración confiada. Creaba un ardor mútuo para aprender y para transmutir conocimientos; era el estímulo moral que fomentaba en la sala de hospital, la obligación de resolver cada día nuevos problemas, de donde dependían el alivio y la vida de nuestros semejantes, en esfuerzo ordenado, metódico y continuo.

Fué ejemplar que encarnaba al cirujano de horas que se fueron . . . . era el exponente del médico de la familia a quien se acercaban para pedir consejo, y a quien se consultaban los incidentes familiares. A él se acudía en las horas difíciles y su tino, su aplomo o su mesura, creaban la paz en el hogar desavenido, o volvían al redil la oveja descarriada.

Misión inmensamente bella, eficaz, la misma de Jesús el Nazareno! Grandemente social esta sí, que aunaban a la luz de la lumbre y en el ambiente de la intimidad, el sacerdocio del médico y el calor hogareño.

Imposible concebir, ni soñarlo siquiera, que pudiera existir razón divina ni humana, directa o indirecta, capaz de aniquilar la ascendencia o el consuelo del facultativo honra y prez de la patria, su orgullo y su mejor presea.

Jamás pensar que el aliviador de la aflicción y el compañero de las horas amargas, pudiera reemplazarse en días de reciente ocurrencia, por algo muy distinto que no quiero comentar.

Se imploraba su dictamen como bálsamo que calmaba a todo el que sufriera, del cuerpo o del espíritu. Aristócrata o menesteroso, grande o pequeño, para él no había distingos. No diferenciaban sus

consolaciones al pobre o al adinerado. A ellos los juntaba la amargura y todos estaban cerca de su corazón, con brazos siempre abiertos.

Refiere el Profesor Forgue que el Cardenal Arzobispo de París (que lo era a la sazón Monseñor Dubois, contrajo la dolencia llamada "enfermedad de piedra" y tuvo que refugiarse en el hospital, para que le hicieran la intervención que imponía su salud quebrantada. Desde la mesa de operaciones y antes de comenzar el acto quirúrgico, al acercarse el Profesor Bourdon su cirujano, le dijo el Cardenal humildemente: "Doctor; me ha de tratar usted igual que a los enfermos de hospital". "Eminencia, le respondió, Bourdon, para nosotros todos los enfermos de hospital son eminencias".

También para el Profesor Corpas todos los enfermos eran carencias.

Hay en el discurso del Prof. Pantoja un aserto que quiero subrayar. Dice así: "El Prof. Corpas pasa de la enseñanza de la clínica general, a la cátedra de clínica quirúrgica. Este gesto nos está señalando el camino que educacionalmente debe recorrer la juventud médica, y nos explica por qué su escuela se convirtió en un vivero de cirujanos médicos, que por todos los ámbitos del país han implantado el reinado de la cirugía clásica". Hasta aquí el Prof. Pantoja.

Nada que enfoque con mayor propiedad el pensar y el obrar del Prof. Corpas. Quizás su profunda experiencia en la clínica general le creó el dón de analizar el síntoma. Era éste, en su concepción definida y exacta, quien lo llevara como de la mano, a encontrar el diagnóstico.

Por desdicha en las horas que corren la enseñanza del Maestro parece olvidada! Es lamentable, quizás es angustioso, ver cómo se antepone la exhibición manual operatoria a la indicación de la intervención misma. Cómo se mutila un pobre enfermo sin haber agotado con anterioridad, y hasta el último límite racional, el tratamiento médico. Cómo llegan a los consultorios, mordidos por los dolores y por la decepción, pacientes que acuden por una dolencia más amarga sin duda, que aquélla que tenían antes del acto quirúrgico.

El gran maestro de la cirugía peruana Profesor de Clínica quirúrgica de la Facultad de Medicina de Lima doctor Fortunato Quesada escribe: "No propiciar tendencias unilaterales o fragmentarias que mutilan el espíritu quirúrgico, que debe estar vaciado en el molde del médico general y que trasunta el espíritu de la cirugía cada vez más médica".

Ahora, queréis saber quién es el nuevo Académico? Pues bien voy a deciros algo:

Cerca del mar Caribe, en la ciudad de Barranquilla, nació César Augusto Pantoja el año de 1904. Hizo el bachillerato en la misma ciudad y sus estudios médicos en Bogotá, en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional. Obtuvo por concurso el internado de Clínica médica, de Fisiología, de Clínica Quirúrgica. Ganó la medalla y fué laureada su tesis.

Hizo la carrera del profesorado, paso a paso, desde el internado, limpiamente, grada a grada hasta llegar al ápice. Fué dos veces jefe de Clínica del Prof. Corpas, ambas por concurso, obteniendo en las dos la primera calificación.

Profesor agregado por concurso.

Viajó a los Estados Unidos y allí hizo sus estudios de postgraduado en Harvard. Representó al país en La Habana en el congreso de Radiología y también en Santiago de Chile, así como en Nueva York, en el Colegio Internacional de Cirujanos. Estuvo en Lima en el Congreso de cirujanos.

Es miembro de la Academia Peruana de Cirugía. Miembro honorario de la Academia de Medicina de Medellín. Miembro de la Sociedad Cubana de Cancerología. Vicepresidente del Capítulo Internacional de Cáncer del Colegio Internacional de Cirujanos. Miembro de la Junta Directiva del Colegio Internacional de Cirujanos. Miembro de la Junta Directiva de los dos Colegios colombianos de cirujanos y actualmente, principal de la directiva nacional de la Federación Médica. Finalmente es Director, sin igual, del Instituto Nacional de Rádium.

Profesor Pantoja: llegáis a este techo señorial, que os recibe en la seguridad de vuestros merecimientos. Todo se espera de vuestras capacidades. Complacida escuchará la Academia disertaciones, sugerencias, conceptos, cuanto pueda regalarnos vuestro mundo interior.

Que esta nueva etapa de la vida traiga la verdadera floración del espíritu. Que vuestros anhelos se encuentren satisfechos y que hoy se inicie el comienzo de la "marcha triunfal".

Que vuestras caras ilusiones, todas, hallen campo propicio a sus realizaciones y que al fin, como galardón para el empeño en vuestro pecho brillen, la cruz bendita, la flor de lis, o la violeta de oro.

Cuenta una leyenda oriental, no por antigua menos bella, que en el reinado de Alejandro Magno los escritores atenenses, los artistas, los sabios, los poetas, envueltos en su clámide de seda, cruzaban bajo el arco de Constantino y que las cariátides del Atico sonreían con ellos amorosamente.

Y agregan también tradiciones y consejas que si pasaba alguno que aliviara el dolor, entonces venerando, juntaban sus manos las estatuas incando la rodilla y el arco, reverente, se inclinaba para ensanchar su sombra acogedora y para saludar.

Y el poeta cantaba:

“Oh! pórticos antiguos. Ornados con la yedra,  
que alguna mano amiga sobre su pié sembrara!  
Oh! pórtico de Tracia, de pórvido y de piedra!  
Oh! pórticos de Grecia con mármol de Carrara!

Refieren, que los bloques que adornan la fachada  
resisten, en los siglos, del tiempo los agravios,  
y cuentan, que en los patios de León y de Granada  
temblaban las columnas al paso de los sabios!...

.....

He dicho.